

Entre el cielo y la tierra

Una iglesia que vive en el mundo sin perder su identidad

Texto base: Juan 14:17

Introducción: apartados para darlo a conocer

Entre los siglos III y IV se desarrolló el movimiento monástico. Muchos creyentes se apartaron de la vida de las ciudades buscando dedicarse a Dios y evitar la contaminación del mundo.

Esa preocupación nos deja una pregunta: ¿cómo vivir para Dios en medio de una sociedad que piensa de otra manera? Jesús nos llamó a ser sal y luz. Nuestra vida tiene que expresar a quién pertenecemos, allí donde Él nos puso.

Juan 14:17 · Mateo 5:13-16 · 2 Corintios 6:17

Jesús habla del Espíritu de verdad que permanece con los Suyos y estará en ellos. Esa presencia tiene que gobernar nuestra manera de vivir. Separarnos del pecado nos permite servir sin adoptar aquello que contradice al Señor.

La palabra **ekklesía** se refiere a una asamblea o congregación. Somos un pueblo convocado por Dios: una familia que le pertenece y es enviada a darlo a conocer.

Somos sal y luz. Necesitamos estar presentes en el mundo, conservando la vida y la verdad que recibimos de Cristo.

1. Recuperar la centralidad de la Palabra

La iglesia se enferma cuando pierde la centralidad de la Palabra de Dios. Podemos llenar los mensajes de consejos, métodos y pasos para cambiar, y dejar de explicar lo que Dios está diciendo.

De repente, el sermón gira alrededor de cómo resolver esto o aquello. Hay aplicaciones útiles, pero necesitamos que nazcan del texto y nos conduzcan a Cristo.

Cuando la Palabra de Dios es predicada correctamente, entendida espiritualmente y vivida consistentemente, esa Palabra es capaz de sanar el alma.

No alcanza con citar versículos. Necesitamos comprenderlos, recibirlos y permitir que gobiernen nuestra vida. La pregunta es: ¿la Palabra está formando a la iglesia o solamente acompañando nuestras ideas?

2. La revelación tiene que ordenar la experiencia

La iglesia comenzó a enfatizar la experiencia del creyente por encima de la revelación de Dios. Las emociones empezaron a gobernar, y la meta pasó de ser transformados a sentirnos mejor.

Sentirme mejor no es lo mismo que estar siendo formado a la imagen de Cristo.

Podemos emocionarnos en una reunión y seguir respondiendo igual en casa. Lo recibido tiene que alcanzar nuestras decisiones, nuestras relaciones y nuestra manera de servir.

También se dijo que, para tener fe, no había que pensar mucho. Pero la fe no exige apagar la mente. Necesitamos un entendimiento renovado y sometido a la verdad de Dios.

Romanos 12:2

Las emociones forman parte de nuestra vida, pero la verdad de Dios tiene que darles dirección. Mi experiencia necesita ser examinada a la luz de Su Palabra.

3. El evangelio no puede ser reemplazado

En la consejería pastoral podemos terminar usando solamente técnicas que dieron resultado en otros ámbitos, sin ayudar a las personas a comprender lo que recibieron en Cristo.

El problema aparece cuando esas herramientas ocupan el lugar del evangelio. La ayuda profesional puede acompañar; la tarea pastoral sigue siendo enseñar la Palabra, cuidar y conducir hacia Cristo.

Lo mismo sucede cuando el mensaje se convierte en una promesa de prosperidad. Empezamos a ofrecer resultados a cambio de dinero, y pareciera que hasta la salvación pudiera comprarse.

Efesios 2:8-10

La salvación es por gracia. Nuestra ofrenda es una respuesta agradecida; no es el precio para comprar el favor de Dios.

Necesitamos revisar qué estamos anunciando: ¿una vida reconciliada con Dios o un método para conseguir lo que queremos?

4. Formar el carácter de quienes sirven

Se le comenzó a dar más importancia a la formación académica que a la formación del carácter. Prepararse es necesario, pero los conocimientos no reemplazan una vida rendida.

El carácter es más importante que el talento. La falta de carácter te descalifica para ejercer el don con responsabilidad.

1 Timoteo 3:1-7

Al hablar de quienes conducen la iglesia, Pablo mira su conducta, sus relaciones, su dominio propio y su madurez. Saber hablar o atraer personas no alcanza para cuidar al pueblo de Dios.

Necesitamos obreros que permitan que la Palabra los trate antes de enseñársela a otros. Que lo que se ve en público tenga respaldo en lo que viven en privado.

5. La relevancia no se compra con popularidad

La iglesia ha querido ser moderna, linda, popular y aceptada. Podemos cuidar el lugar y comunicar con claridad, pero necesitamos preguntarnos qué estamos dispuestos a cambiar para gustarle a la gente.

El mensaje no hay que hacerlo relevante: el mensaje es relevante. Nuestra responsabilidad es anunciarlo con claridad y vivirlo con fidelidad.

Una iglesia muy visitada por las personas no demuestra, por ese solo hecho, que está respondiendo a Dios. La popularidad no es la medida de Su aprobación.

La pregunta no es solamente cuántos vienen, sino qué lugar tiene Cristo entre nosotros y qué vida estamos formando en quienes llegan.

Cierre: volver a nuestra identidad

Estamos entre el cielo y la tierra: vivimos aquí, pero pertenecemos al Señor. Su Espíritu habita en nosotros para que Su vida se exprese en medio de esta generación.

¿Qué ocupa el centro de nuestros mensajes? ¿Qué gobierna nuestras emociones? ¿Estamos formando carácter? ¿Buscamos agradar a Dios o solamente ser aceptados?

Volvamos a la Palabra: predicada correctamente, entendida espiritualmente y vivida consistentemente. Que la iglesia vuelva a expresar a Cristo.

Señor, guardanos de perder nuestra identidad. Formá Tu carácter en nosotros y enseñanos a ser sal y luz, con verdad, amor y fidelidad.